

Orit Gidali

Nuna sabe leer la mente

Ilustraciones de Aya Gordon-Noy



Un día, cuando Nuna volvió a casa del colegio, contó a su mamá que un niño le había dicho:

¡Tienes
piernas de
flamenco!



Y aunque no sabía exactamente qué era un flamenco, se sintió insultada. Muy insultada.





Su mamá le dio un gran abrazo

y rápidamente se puso a rebuscar en la estantería.

¿Dónde se habrán metido las gafas mágicas?

Y sacó unas gafas muy especiales: las gafas para los días que no tienen nada de magia.





Nuna se las puso y de repente empezó a oír lo que decía la gente. Pero también pudo ver lo que la gente realmente pensaba.



Nuna se dio cuenta de que las personas
no siempre dicen lo que piensan
o piensan lo que dicen que piensan
o dicen lo que piensan que dicen.

¡Ya lo tengo!

Creo...



Al día siguiente, Nuna se llevó las gafas al cole y miró a través de ellas al niño que la había insultado.



Tienes
piernas de
flamenco.

Cuando estoy
contigo,
todo se vuelve
rosa.

Y soy tan
listo que hasta
sé qué es un
flamenco.





Después, intentó mirar a través de sus gafas a los otros niños y niñas que decían cosas que no eran bonitas.



Les diré a todos que no jueguen contigo.

¡Te quiero solo para mí!



Haces demasiadas preguntas.

Eres lista.



¿Quién querría ser tu amiga?

¡Yo sí!



No tengo ganas de jugar.

No tengo ganas de perder.



Me molestas.

Abrázame.



Se dio cuenta de que a veces sucedía algo extraño...
En el camino del corazón hacia la boca,
las palabras bonitas se volvían feas.

«Por eso, en realidad,
no me lo tengo que tomar mal», pensó.



«Pero tampoco me puedo quedar muda como un pez cuando alguien me diga cosas malas.»

Blu
blu

Bla
bla



—¡Ya sé qué haré!
Fue a buscar aquel niño y
le dijo lo que realmente pensaba de él:
—Tienes una sonrisa muy bonita.
Y hasta lo invitó a su casa esa misma tarde.
—Vale —dijo el niño.





—Pero me tienes que prometer —añadió Nuna—
que no me volverás a insultar nunca más.
No había que preocuparse por eso,
porque en una décima de segundo,
todos los insultos del niño se convirtieron en un murmullo
y después en un susurro y, finalmente,
en una gran sonrisa preciosa.

Al final de aquel día, Nuna devolvió las gafas a su mamá y le contó todo lo que había pasado en el colegio.

¡sé
hacer magia
sin las gafas!



Su mamá la abrazó muy fuerte
y se sintió feliz porque su hija
le había recordado las cosas
más importantes del mundo.



Al final de aquel día, Nuna devolvió las gafas a su mamá y le contó todo lo que había pasado en el colegio.

¡sé
hacer magia
sin las gafas!



Su mamá dejó las gafas en el jardín porque ella tampoco las necesitaba.



¿Y luego qué pasó?



Que el perro de los vecinos encontró las gafas.



¡Guaa!

¡Uau!
¡Uau!
¡Uau!



Entonces, empezó a ladrar menos
y a mover más la cola.



Y todos sus días se llenaron de magia.

Mamá, ahora me
toca a mí leerle
el cuento.

Lo que sea
para no ir
a dormir todavía

